

# anecdotario

## EL CONTRARIANTE OLVIDO DE HILBERT

Esa noche había una cena y los esposos Hilbert se disponían a asistir a ella con unos amigos.

Ya estaban todos reunidos en la sala de la casa a punto de partir, cuando la señora de David Hilbert observó que la corbata que éste se había puesto no combinaba bien con el resto del traje y le suplicó subir a su habitación a cambiársela.

Hilbert obedece al instante y se encamina a ésta; allí penetra y cierra la puerta.

El tiempo pasa y Hilbert no sale de la habitación. Impacientes todos por la tardanza, la señora Hilbert sube a averiguar qué sucede y grande fue su sorpresa cuando al abrir la puerta ve a su esposo acostado en la cama, en pijamas, durmiendo apaciblemente.

Despertándolo de inmediato le recuerda que esa noche van a cenar con unos amigos y al mismo tiempo le pide una explicación de su conducta.

Hilbert, contrariado, explicó entonces que al quitarse la corbata, siguió con el saco, la camisa, los pantalones, los zapatos, se puso su pijama y se acostó tal y como hace todas las noches cuando llega la hora de ir a la cama.

¡Oh, la anormalidad de los genios!

## LA OFERTA DE FEYNMAN

Ningún científico es lo bastante sabio para prever qué es lo que puede originar una idea, ni lo bastante osado para predecir lo que puede salir de ella. En 1960, Richard P. Feynman, profesor de Física Teórica del Instituto de Tecnología de California, se entusiasmó con las posibilidades de la microminiaturización, y en una conferencia ofreció \$1,000 de su propio peculio a quien le construyese un motor eléctrico no mayor de 4 millonésimas de centímetros cúbicos. Feynman es conocido por sus bromas. En los Alamos, durante la segunda guerra Mundial se dedicaba a violentar cajas fuertes, sólo por el placer de dejar notas de "adivina quién fue" para los oficiales de seguridad.

Durante los meses siguientes Feynman se vio acosado por inventores de motores que, a pesar de ser del tamaño de pulgas, excedían por mucho sus especificaciones. Hasta que un día se le acercó un ingeniero de Pasadena llamado William H. McLellan, quien llevaba un paquete del tamaño de una caja de zapatos. Con cierta impaciencia Feynman contempló como MacLellan lo abría y se asombró al ver solamente un microscopio, pero al mirar por el ocular descubrió un motor no mayor que un gramo de polvo. Ingeniosamente manufacturado con ayuda de una prensa microtaladro y de un torno de relojero, el motor funcionaba como los motores que pesan toneladas. Feynman pagó en seguida, pero prudentemente retiró una segunda oferta de \$1,000 para quien consiguiera reducir el contenido de la página de un libro a  $1/25,000$  del tamaño original. Un tanto avergonzado, explicó: "Entrenanto me he casado y he comprado una casa."

H. Margenau, D. Bergamini ("El Científico")

## LA LENTITUD DE EINSTEIN

— ¡Este niño es tonto! — El maestro del grupo de primaria señaló al chiquillo que permanecía callado en su asiento, con las manos cruzadas sobre las piernas—. No es capaz de aprender ni las cosas más sencillas. ¡Mírenlo! .

Toda la clase se volvió para clavar la mirada en Alberto Einstein; algunos de los muchachos mayores rieron despectivamente. El maestro continuó:

— Alberto, te hice una pregunta. ¡Haz el favor de contestar rápidamente! .

Alberto no se movió, ni dió señal alguna de haber oído. Casi parecía como si el maestro le estuviera hablando a otro niño.

En el aula el silencio era opresivo; era una pieza larga, fría, e iluminada por la luz de un día gris que se filtraba dentro a través de las altas ventanas de múltiples vidrieras, que había en uno de los muros. Los chiquillos estaban excitados; el niño Einstein iba a ser castigado nuevamente, pensaban, y estaban contentos porque Alberto no les simpatizaba. Como quiera que fuese, aquello les proporcionaba una pequeña tregua en las labores.

El maestro era un hombre rechoncho, de cuello grueso y cabeza pequeña que parecía aun más pequeña por estar completamente afeitada. Se mantenía erguido y tenso y vociferando daba órdenes a Alberto.

¡Levántate! ¡Camina! Sal para el corredor y permanece allí hasta mediodía.

Alberto se sintió aliviado. Aquello era mejor que una tunda con el bastón. Hacía mucho frío en el corredor y era cansado quedarse allí durante dos horas. Pero resultaba mejor que permanecer en el salón de clases, tratando de responder a preguntas que parecían ridículas e inútiles.

Alberto Einstein no desobedecía jamás deliberadamente; seio que no podía contestar con rapidez. Cualquier cosa que dijera era

antes meditada cuidadosamente, y esto tomaba tiempo. El maestro se mostraba siempre impaciente y parecía interesarse más en respuestas vivas y prontas que en respuestas meditadas. Pero para el pequeño Alberto resultaba muy difícil hablar y sus palabras solo brotaban lenta y torpemente.

M. B. Freeman ("La vida de Alberto Einstein")

